

Los vascos en un episodio bélico de la historia romana

Por ISAAC-LOPEZ-MENDIZABAL

Empezamos por manifestar categóricamente que los vascos o vascones estuvieron siempre durante siete siglos en paz con Roma hasta la caída de este Imperio. En cambio, hay que anotar que Roma luchó contra las gentes de la Aquitania y de las Galias, situadas al norte del País Vasco, hasta que Julio César las sometió completamente. Por la parte del sur, Roma luchó obstinadamente contra los celtíberos, tomando Numancia, su ciudad principal, el 133 a. de C. y sitió Calahorra, junto al Ebro, el 74 a. de C., permaneciendo neutrales los vascones. Calahorra no era vascona, sino celtíbera. Por la parte del Este, Roma luchó contra los ilergetes, lacetanos y demás gentes hasta que, viniendo personalmente el Emperador Augusto, fueron sometidas tras larga contienda. Y por la parte del oeste, Roma tuvo que hacer una gran campaña desde el 29 al 19 a. de C. para someter a cántabros, astures y galaicos, viniendo para ello también, personalmente, el Emperador Augusto.

Durante todas esas luchas ocurridas en los cuatro lados del País Vasco, éste se mantuvo neutral y en paz con Roma, como también en los períodos anteriores y posteriores a esas contiendas.

Sin embargo, en la Edad Media, época en la que tantas leyendas y falsas crónicas se forjaron, se empeñaron, algunos historiadores, en pretender que las guerras cantábricas tuvieron lugar en territorio vasco, lo cual motivó polémicas que duraron varios siglos. Pero todo esto cayó ya por tierra y nadie defiende esas falsas hipótesis y fantásticas descripciones.

Vamos, pues, a buscar la verdad histórica, para lo cual hemos examinado los relatos de los numerosos historiadores romanos en cuyos textos no se halla ni la más mínima referencia a lucha alguna entre vascones y romanos. Y la única referencia bélica en la que aparecen los vascones es, precisamente, en el episodio que luego comentaremos y en el que intervinieron los vascones, con pleno éxito a favor de Roma.

Pero antes de relatarlo queremos, para encuadrarlo mejor, reseñar la situación social y política de Roma, así como de la difícil intranquilidad que en esos momentos reinaba en todo su imperio. Habían pasado ya los reinados de Tiberio, Calígula, Claudio y Nerón, llenos de dramas, angustias y horrores. Nos hallamos ya en el año 69 d. de C. con Galba como emperador y sucesor de Nerón. Este año, precisamente, es conocido por los historiadores por el nombre de «el año de los cuatro emperadores», ya que en él se sucedieron rápidamente Galba, Otón, Vitelio y Vespasiano, de los cuales los tres primeros murieron violentamente, así como Cornelio Pisón al que Galba había elegido como adjunto y sucesor suyo.

Para presentar la verdadera situación de Roma, aduciremos la narración que de ellas nos da Tácito en su libro de «Historias» (edic. Esp.-Calpe, Buenos Aires). Tácito es considerado como un verdadero historiador veraz y al propio tiempo contemporáneo de los sucesos que va a relatar, pues nació hacia el 55 de la era cristiana. Es, además de gran historiador, un literato de excepcional valía y considerado como uno de los mejores, si no es el mejor, de los prosistas romanos. Sus descripciones y relación de hechos son, por lo tanto, de grandísima autoridad.

He aquí, pues, en qué forma nos presenta Tácito la situación de la Roma, en la que él vivía en esos tiempos. Dice así (según la traducción de la obra antes citada, pág. 12): «Doy principio a una empresa llena de varios casos, de guerras atroces, de sediciones y alborotos, crueles hasta en la misma paz. Cuatro príncipes muertos a hierro, tres guerras civiles, muchas extranjeras, y las más veces mezcladas unas con otras. Sucesos prósperos en Oriente, infelices en Occidente. Alborotado el África, inclinadas a levantamiento las Galias, Britania acabada de sujetar y perdida luego; los sármatas y suevos confederados entre sí contra nosotros; los dacios engreídos con estragos y destrozos, no menos nuestros que suyos. Las armas de los partos casi movidas por la vanidad de un falso Nerón; Italia afligida de calamidades nuevas o a lo menos renovadas después de un largo número de siglos; hundidas y asoladas ciudades enteras. La fertilísima tierra de Campania, y la misma ciudad de Roma destruida con muchedumbre de incendios, abrasado el Capitolio por las propias manos de los ciudadanos, violadas las ceremonias y cultos de los dioses; adulterios grandes; el mar lleno de gente desterrada, y sus escollos y peñascos bañados de sangre. Crueldades mayores dentro de Roma, donde la nobleza, la riqueza y las honras fue delito el rehusarlas y el tenerlas, y el ser un hombre virtuoso ocasión de certísima muerte... Los esclavos obligados a declarar contra sus señores; los libertos contra los mismos que acababan de ponerlos en libertad, y aque-

lios que habían sabido vivir sin enemigos, no poder evitar su destrucción por medio de sus mayores amigos».

Vamos ahora a relatar la situación de los dominios de Roma. Estos se extendían por diversas regiones de Europa, Asia (en el medio Oriente) y Africa del Norte.

Para la conservación de sus dominios, Roma había formado una organización militar constituida del modo siguiente: las *legiones* que se componían de 5.500 hombres de infantería, divididas en diez *cohortes*, la primera de mil hombres (*milliaria*); las nueve restantes, de 500 (*quingenarias*).

Había también, a veces, grupos de caballería que iban unidos a las legiones y cohortes, y se componían de 120 jinetes en cuatro escuadrones de 30 denominados *turmas*. Una de ellas fue la llamada *TURMA SALLUITANA* que actuó el 89 a. de C. en la toma de Ascoli, Italia, y que estaba compuesta de 30 *celtíberos* de las proximidades de Salduba o Salluba, junto al Ebro, frente a la actual Zaragoza, y de poblaciones próximas al río Gállego, en Aragón, cuyos nombres figuran en una célebre inscripción al concederles el derecho de ciudadanía romana.

Había también cuerpos auxiliares de infantería y caballería, los cuales estaban divididos en forma similar a los antes citados del ejército oficial, todo lo cual lo exponemos para relacionarlo con la formación de las *cohortes vasconas* y de su importancia.

Al frente de la legión iba el *tribuno* o *prefecto de legión*, y al frente de la cohorte el *prefecto de cohorte* (*praefectus cohortis*).

Las legiones y cohortes eran desplazadas de un país a otro según la conveniencia de las situaciones militares, para lo cual aprovechaban la magnífica red de vías que Roma mandó hacer por todas partes. Por eso vemos a veces legiones que marchaban del Continente europeo a las Islas Británicas o a las del mar Mediterráneo utilizando para ello nutridas escuadras.

Había también cuerpos auxiliares que eran pagados a sueldo, como también percibían sus emolumentos los otros cuerpos de ejército. Precisamente la falta de pago o el retraso en entregar los sueldos fue motivo de diversos levantamientos.

Y dicho lo antecedente vamos a dar cuenta de la sublevación que estalló el año 69 d. de C. en tiempo de Galba, una de las más graves que soportó el Imperio, y que se relata minuciosamente en la importante obra «Historias», de Tácito.

Anotemos, desde luego, que no es objeto de este estudio relatar

detalladamente todos los diversos sucesos de esta sublevación del año 69, y nos reduciremos tan sólo a dar cuenta de sus aspectos esenciales, para poder luego destacar mejor la actuación de las cohortes vasconas.

Era muy explicable que la situación caótica de la capital, repercutiese en las tropas que se hallaban guardando las fronteras del Imperio.

El ejército del Rin Inferior se subleva y luego se le une el del Rin Superior y bajan ambos a Italia contra Roma; sale a su encuentro el Emperador Otón, el cual es derrotado, por lo que los invasores nombraron a Vitelio como su sucesor.

Pero una legión procedente del Oriente llega a Roma, mata a Vitelio y nombra Emperador a Vespasiano.

Mientras tanto los Bátavos del Rin Inferior se sublevan siendo su jefe Civil o Civilis el cual luchando contra las tropas romanas, las rodea y cerca en el campamento de *Vetera-Castra*.

La sublevación se extiende a las Galias, sumándose también a la revuelta algunas tropas romanas del Rin.

La situación de los romanos sitiados en *Vetera-Castra* era, pues, muy desesperada y a punto de rendirse «cuando repentinamente — y aquí copiamos textualmente a Tácito (pág. 189, ob. cit.) — por un nuevo socorro, se trocó la fortuna. Las cohortes de vascones, tomadas a sueldo por Galba y convocadas después para esta necesidad, acertando a llegar entonces y oído el rumor de la batalla, acometieron al enemigo por las espaldas, que estaba ocupado en ella, causándole mayor espanto del que parece que podía prometer *su poco número* (el subrayado es nuestro). Creyendo unos que de Novesio y otros que de Maguncia habían venido todas las gentes de socorro. Dio este error ánimo grande a los romanos sitiados, los cuales, mientras confían en las fuerzas ajenas, recuperan las propias. Fue rota y degollada toda la mejor infantería de los Bátavos (sitiadores): los caballos se salvaron con las banderas ganadas y con los prisioneros adquiridos en el primer asalto. Murieron en esta facción más de los nuestros, aunque de los más viles (cobardes), y de los germanos todas sus fuerzas».

«Ambos capitanes enemigos — añade Tácito —, con igual culpa merecedores de aquella adversidad, faltaron igualmente también cuando tuvieron a la fortuna de su parte; porque si Civil hubiera enviado más grueso ejército, no fuera tomado en medio *por tan poco número de cohortes* (subrayado nuestro) y hubiera destruido los alojamientos ya ocupados; y Vocula ni previno la venida impensada del enemigo, que resultó quedar vencido a la primer vista, ni supo después aprovecharse de la

victoria, gastando vanamente muchos días antes de ir en busca del enemigo».

El resto de los sucesos no interesa para el objeto de este estudio que pretendía tan solo recoger la actuación de esas cohortes vasconas.

¿Cuántas fueron éstas? Tácito no nos lo dice, nombrando tan solo a «*las cohortes vasconas*», pero se ha supuesto con fundamento que fueron *dos*. Desde luego el mismo Tácito, como se ha visto en su narración, nos habla «de su poco número» (de soldados) y luego repite que se refiere a ese «*poco número de cohortes*».

Roberto Grosse en el tomo VIII, pág. 29 de la obra «*Fontes Hispaniae Antiquae*» dice, después de citar parte del texto de Tácito, que «con motivo de los desórdenes del «año de los cuatro Emperadores» (69 d. de C.), los Galos y Germanos se sublevaron. Los rebeldes atacaron al legado romano Vocula que acampaba en Asciburgio, cerca de Novesio (hoy Neuss, en el bajo Rin). Fue salvado por el comportamiento valeroso de las cohortes vasconas, reclutadas, según Tácito, por Galba el 68 d. de C. Hubo dos *Cohortes Vasconum*, de las que conocemos la segunda por las lápidas (ver RE, IV, 1, 349)».

Hemos podido consultar la magnífica obra de gran erudición a que se refiere la sigla RE, que indica Grosse, o sea «*Pauly's Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, editado por Georg Wissowa, Stuttgart, desde 1893 y suplementos posteriores, donde dice que «cuenta Tácito en sus «*Historias*», IV, 33, el valiente comportamiento que en el año 69 d. de C. en la guerra contra Civilis tuvo una Cohorte de Galba «*Vasconum lectae*». Y añade que debieron actuar por lo menos dos de ellas pues aparece la Cohorte II en algunas inscripciones que se conservan. Estas cohortes fueron probablemente las formadas en España en el año 68 y enviadas más tarde al Rin donde se distinguieron después. De su ulterior destino —añade— no se sabe, sin embargo, nada».

«La Cohorte II Hispana Vasconum c. R. Equitata es la única cohorte de los vascones que aparece en algunas inscripciones, formada por Galba el año 68 (o sea, añadimos nosotros, cuando estuvo de gobernador en la Tarraconense y cuando también fundó la nombrada Legio VII (Gemina) cuyo nombre tomó la actual ciudad de León, en España, y que luego, al año siguiente, fue enviada contra Civilis, en Germania, luchando oportunamente para liberar a los romanos, por medio de un ataque por las espaldas que determinó la victoria salvando a Vocula y los suyos. Su título de honor c. R. (es decir, *Civium Romanorum*) puede muy bien haber sido ganada por esta hazaña».

Las inscripciones que se citan (N.º 1086, 3376/7, 3183, en la RE) se

hallan copiadas en Corpus Inscriptionum Latinarum (C. I. L.), una de ellas en el Museo Maffei de Verona, ciudad situada entre Milán y Verona, ciudad situada entre Milán y Venecia, y se refieren a lápidas dedicadas a jefes militares que fueron «praefecti Cohortis II Vasconum Hispaniarum», pero ninguna de ellas indica que hubiesen actuado en contra de la sublevación habida en el Rin.

Anotemos también que las excavaciones realizadas en la línea del «limes» (es decir, en la frontera) han tenido como resultado numerosos hallazgos, sobre todo en los grandes campamentos legionarios de *Vetera Castra* y *Novaesium*, lugar de los combates que tuvieron que efectuar las *cohortes vasconas* para salvar a las romanas tropas sitiadas. (Ver Leon Homo, «El Imperio Romano», edic. Espasa Calpe, Madrid, 1946, pág. 191).

Resumiendo podemos decir que el País Vasco jamás tuvo contienda alguna con los romanos y que, en cambio, según las referencias más seguras que nos da Tácito, cohortes vasconas (probablemente dos) con un total de unos mil hombres, rompieron el sitio que tenían establecido los Bátavos contra los romanos en «*Vetera Castra*» y los salvaron tanto a ellos como a su jefe, el tribuno Vocula.